

III

La enfermedad detrás de su máscara

1) Haciendo la autopsia a la guerra

Una de las primeras preguntas que los sacerdotes-terapeutas del Egipto de Akhenatón hacían a sus enfermos era esta: “¿Contra quién o contra qué estás en guerra?” Del mismo modo, el Cristo preguntaba frecuentemente a los que buscaban la curación a su lado “Dime, ¿quién es tu enemigo?”

Estas preguntas, que pueden sorprendernos hoy día, nos dan sin embargo una idea de la mirada que se posaba en aquellos tiempos sobre la noción de enfermedad.

Es evidente que cuando un ser que sufre es recibido de este modo, se ve en seguida llevado a la raíz de sí mismo y a hablar de las “verdaderas cosas” de su vida. No es su cuerpo lo que se consulta en primer lugar, sino su alma, y eso cambia todo.

Así, en el seno de las Fraternidades egipcia y esenia, lo habitual no era analizar inmediatamente “con lupa” un síntoma. Se buscaba en primer lugar centrarse en el mundo, frecuentemente mudo, de las Causas.

Es fácil comprender que la desarmonía que se adueña de un cuerpo es la resultante de la guerra interior que un ser lleva, a menudo a sus espaldas, contra una circunstancia, contra una persona y, *sobre todo*, contra

sí mismo. ¿Por qué sobre todo? En mi opinión, fue el Maestro Jesús en persona quien expresó mejor la razón, durante una conversación privada con algunos de sus discípulos...

“Con frecuencia os escucho acusar al otro, o a las circunstancias de vuestra vida, cuando la enfermedad toma posesión de vosotros. Clamáis contra la incomprensión, contra la injusticia, e incluso a veces la tomáis con vuestro Padre Celeste... ¡Qué ceguera, amigos míos! ¡Y qué falta de escucha a todo con lo que os cruzáis en vuestro camino! ¿No sois vosotros quienes habéis generado, una tras otra, cada una de las circunstancias y de los encuentros de vuestra vida? ¿No es exacto que si os encontráis ahora frente a mí, es porque habéis hecho elecciones y dirigido vuestros pasos en una dirección y no en otra? Yo soy vuestra circunstancia... para cierta forma de salud.

Escuchadme y creedme... Somos siempre circunstancias unos para otros. Las piezas de un gigantesco juego que atraemos hacia nosotros o que repelemos. Quiero decir que todos somos, unos respecto a otros, oportunidad para crecer o para estancarse. Somos los acontecimientos por los que nos modelamos y nos remodelamos mutuamente.

De este modo nos fabricamos nuestros equilibrios y nuestros desequilibrios. Nuestras ocasiones de salud así como las de nuestras enfermedades son los justos frutos de las elecciones que hacemos. El otro, aquel al que acusamos, no es más que el pretexto tras el cual se esconde nuestra ceguera y nuestra inconsciencia. El enemigo es siempre algo que criamos y al que nutrimos constantemente en nosotros mismos... Y lo inventamos

en su totalidad ya que, en realidad, no existe.

Miradme y comprendedme... Me sé adversario, pero no tengo enemigos. Nada en mí, ni a mi alrededor puede estar en guerra, porque no considero que haya nada que forzar ni que abatir. Mi salud habla de mi paz... Tejo mi paz y me invento y me reinvento, eterno e inatacable bajo el sol”.

Tal discurso, si lo llevamos a su más simple expresión, solo nos habla de una cosa: el sentimiento de unidad que debe presidir el equilibrio físico y psicológico de todo hombre y toda mujer.

La percepción de una Unidad que había que realizar con uno mismo y con el mundo estaba verdaderamente en la base de la salud tal como la concebían las Tradiciones a las que nos referimos. Partiendo de esta visión, el enfermo era alguien que se hacía atrapar en una trampa. La de la dualidad y la separación.

Por tanto, el estado de ruptura y de desarmonía que resultaba era visto como el creador de cierto número de cortes en la conciencia, que se prolongaban de forma totalmente natural hasta los cuerpos más densos. En otros términos, se concebía que el arraigo de un estado conflicto en el ser se convertía casi necesariamente en el germen de un futuro trastorno de salud. A ese nivel, esto coincide de forma evidente con la noción moderna de “enfermedad psicosomática”.

Sin embargo, la comprensión tradicional de la enfermedad no se detenía ahí. Admitía y exploraba una dimensión mucho más vasta de nuestro universo. La dimensión del pensamiento humano y de la reserva de energía que este constituye.

Nuestro mundo moderno reivindica el

descubrimiento de las ondas cerebrales porque ha empezado a medirlas. Sin embargo, no ha hecho sino dar un nombre diferente y algunas cifras sobre una realidad ya conocida por los antiguos egipcios. Ellos y sus herederos sabían bien que el simple hecho de pensar pone en movimiento fuerzas que, por impalpables que sean, no están desprovistas de influencia ni de un poder real sobre nuestra vida. De este modo, estimaban que cada individuo se rodeaba de una corriente de vida psíquica que le seguía a todas partes, que evidentemente proyectaba entorno a sí pero en la que, ante todo, él mismo se bañaba y de la que dependía la globalidad de su salud.

2) El granero de los pensamientos

Este sistema de referencias tenía también en cuenta otra cosa. Los terapeutas partían del principio de que el campo energético del aura humana –ya que es de ella de la que se trata– actúa constantemente en interacción con nuestro universo. De hecho, tenían conciencia de la existencia de una inmensa aura planetaria sobre la que interfería la suma de las auras, y por tanto de la actividad psíquica, de cada uno de sus habitantes.

Desde esta óptica, para ellos existía, “por encima” de nuestro mundo visible, un universo, entre otros, comparable a un inmenso granero de pensamientos. Esta reserva colosal estaba compuesta de un gran número de compartimentos. En cada uno de ellos iban a alojarse todas las semillas de la misma variedad.

Por tanto, siguiendo este concepto, existe la masa energética de todos nuestros pensamientos de cólera

reunida en un plano vibratorio específico, en otro, la de todos nuestros pensamientos de amor, en otro, la de todos nuestros pensamientos de odio, y así sucesivamente, hasta el agotamiento de la variedad de lo que el ser humano es capaz de emitir, lo bello y lo menos bello.

Cada uno de los compartimentos corresponde a lo que tradicionalmente llamamos un egregor o, de forma más moderna, un campo morfogenético. Es un receptor y al mismo tiempo un emisor, el emisor con el que el ser humano se pone resonancia cuando mantiene en sí un determinado estado de pensamiento y de focalización de la conciencia.

En términos más simples, los antiguos nos decían: “Cultiva la cólera y serás colmado de cólera, genera amor y serás nutrido de amor. Así, si alimentas el conflicto, el conflicto se alojará en ti, pero si siembras la dulzura, tu camino terminará por cubrirse de unidad”.

3) Una fuerza llamada coherencia

Hoy día podría decirse que esta visión de las cosas era simplista, ya que todos conocemos a nuestro alrededor ejemplos de personas buenas y sanas en sus comportamientos y a los que, sin embargo, la enfermedad no perdona.

Evidentemente, tal realidad tampoco escapaba a los terapeutas de otro tiempo. Su comprensión del problema se apoyaba en el *principio de coherencia*.

En efecto, estimaban que, sea cual sea el nivel de conciencia, y por tanto el comportamiento de una persona, el modo en el que esta se siente íntimamente inatacable, segura de sí misma y lógica en sus

convicciones, constituye una especie de coraza más o menos sólida y resistente que impide la creación de rupturas vibratorias.

Según esta concepción, basta que un hombre se perciba coherente e inquebrantable en el seno mismo de sus manifestaciones agresivas para que la enfermedad no le alcance. De forma esquemática, podríamos decir que los egipcios y los esenios concebían que ciertas personas eran capaces de segregar ellas mismas su propio veneno y simultáneamente su propio antídoto.

De este modo, cuando trataban a un enfermo preguntándole por su “guerra interior”, los terapeutas no pronunciaban una frase ritual dirigida simplemente a interpelar lo que se encontraba delante de ellos. Su calidad de escucha debía ir en el sentido de localizar el nivel de coherencia contenido en las respuestas del enfermo.

Y en efecto, hay que reconocer que muchos de entre de nosotros viven con un desajuste en relación a sí mismos. Por un lado, está la manera en la que se ven, en la que se imaginan, la que quieren ser, y por otro lado, la manera que son capaces de encarnar, es decir, la realidad que viven cotidianamente. El grado de coherencia y de cohesión se mide por tanto en la relación que existe entre el mundo interior de un ser con su mundo exterior.

Lo que hay que comprender bien es que el grado de coherencia o de incoherencia es, más a menudo de lo que creemos, responsabilidad de la propia persona. Sin duda no podemos generalizar, ya que la historia de cada uno de nosotros es absolutamente única, pero como mínimo el tipo de mirada que ponemos sobre nuestro posicionamiento en la vida permite evitar entrar demasiado fácilmente en el seno de esa gran enfermedad

que intenta legitimar todas las demás... *el victimismo*.

4) La entidad-enfermedad

Volvamos ahora a la noción de egregor, o de granero de pensamientos, algunos de cuyos compartimentos se llenan de semillas envenenadas. La fraternidad esenia había desarrollado en relación con ellas un enfoque muy particular.

Hay que precisar que tal enfoque no provenía de elaboraciones imaginarias con el objetivo de elaborar un sistema de referencias. Tampoco constituía un conjunto de hipótesis formuladas por sacerdotes supersticiosos. Era el resultado de la experiencia directa de grandes místicos, capaces de proyectar su conciencia mucho más allá de nuestro mundo visible.

Estos alcanzaban a percibir de forma detallada los componentes del universo etérico y de los egregores que la especie humana mantiene en este. El estudio reiterado de estos egregores y de sus “estratos” o compartimentos, les había hecho comprender que la masa de energía generada por una multitud de pensamientos del mismo tipo termina frecuentemente por estar habitada y controlada por formas de vida embrionarias generalmente provenientes de las capas más bajas del mundo astral, o incluso del propio mundo etérico. Desde esta percepción, explicaban el origen de los microorganismos a los que se da el nombre general de microbios, o de los virus.

No olvidemos que la concepción de lo infinitamente pequeño y de la vida que lo habita va más allá del descubrimiento de nuestros microscopios. La estructura atómica de la materia ya había sido abiertamente evocada

en la Grecia antigua por Epicuro, y de forma menos conocida, en la India de hace diez mil años por un yogui llamado Kanada.

Por tanto, para los terapeutas esenios, una enfermedad de naturaleza infecciosa estaba controlada por una especie de alma, aunque este término sin duda sea excesivo. En realidad hablaban más bien de la inteligencia y de la relativa autonomía de ciertas “semillas psíquicas”. Según ellos, la mayor o menor toxicidad de las mismas estaba causada por su asociación a una forma de conciencia primaria que terminaba por convertirlas en entidades con las que había que aprender a tratar. De ahí que a veces utilizaran ciertos rituales que hoy día calificamos de mágicos.

Pero, ¿qué es la magia sino la percepción y el conocimiento de la naturaleza más íntima de nuestro universo, así como el hecho de saber dominarla manejando con destreza sus engranajes? No es la ciencia de lo infinitamente pequeño, sino la de lo infinitamente sutil. Desde luego, no se trata de que oriente aquí las investigaciones en esta dirección, que requiere cualidades poco comunes, sino de que proporcione claves de comprensión para un ensanchamiento de nuestro campo de conceptos.

Los esenios se distinguían de los egipcios por el hecho de que rechazaban totalmente la utilización de rituales mágicos. Su orientación era la de la mayor sencillez posible. En este sentido, la aparición entre ellos del Maestro Jesús, terapeuta fuera de toda norma, constituye con toda evidencia el apogeo de lo que un ser humano puede pretender en ese ámbito.

A este respecto, a menudo me hacen preguntas relativas al método de curación puesto en práctica por

el propio Maestro. ¿Era este verdaderamente el de la fraternidad en la que había crecido?

Globalmente y en sus grandes principios, sí... Pero el alineamiento y el desarrollo de sus cuerpos eran tales que todo elemento técnico desaparecía de su práctica. En términos modernos, y esquematizando un poco, hoy diríamos que Le bastaba enviar un mensaje a sus vehículos superiores y dirigir después la respuesta a los cuerpos sutiles del ser al que sanaba para activar un proceso de curación. La mayor parte de las veces lo hacía tan fácilmente como hoy día hacemos una llamada de teléfono al otro extremo de nuestro país.

Seguros de esta constatación, es importante recordar que todos los elementos de las técnicas descritas en este libro son en primer lugar puntos de referencia, un modo de disciplinarse. Tienen la misma utilidad que las líneas de las páginas en los cuadernos de la escuela. Son también un apoyo, una mano tendida para evitar ir en cualquier otra dirección. En ningún caso representan los componentes infranqueables de un método absoluto... ya que todos se dejarán atrás.

5) Un octavo chakra

En una persona correctamente desarrollada, podemos enumerar siete niveles de realidad o de conciencia. Cada uno corresponde a un chakra y a su universo respectivo. En el Maestro Jesús investido por el Cristo, doce niveles de conciencia o de realización se manifestaban de forma permanente, doce niveles que estaban en total comunicación unos con otros.

Los cinco niveles de conciencia que nos distinguen

de Él son los que todavía nos separan de la Presencia revelada o despertada, de nuestra naturaleza divina. Cuando iniciamos un camino de florecimiento, tal como el que se sugiere, por ejemplo, en la práctica de las terapias, deberíamos esforzarnos en comprender que los cinco grados de realización en cuestión no son estados a adquirir. Están ya presentes en estado latente en cada uno de nosotros, esperando ser estimulados y desplegados uno tras otro a lo largo de las vidas y de los Tiempos.

Cuando una rama de orquídea comienza a florecer, son las yemas más próximas del tallo las que se abren. Ocurre igual con las centrales energéticas que son nuestros chakras. Desde nuestra naturaleza animal reptiliana hasta nuestra expansión divina, pasamos de forma ineludible por todos los grados de maduración. Así, nuestra escalera se compone de doce peldaños...

La principal aportación del faraón Akhenatón, y después, más resplandeciente todavía, del Cristo Jesús, fue sin duda revelar a Occidente la posibilidad de acceder al octavo nivel de la escalera del ser. De forma más sencilla, aunque en términos diferentes, nos hablaron de un octavo chakra del Sol del Espíritu Santo, el del "Supramental". Es en esta dirección en la que avanzamos juntos. Lo veamos como una paloma, una lengua de fuego, una cobra protectora, como una corona o un diamante importa poco, ya que es a *Su Esencia en nosotros* a la que nos abrimos cada vez que posamos la mano sobre un ser que sufre.

6) El factor necesidad

Hasta el momento hemos hablado de la enfermedad

tal como era abordada por los Antiguos así como del principio de coherencia, que le abre más o menos la puerta del organismo humano.

Sin embargo, existe otro factor que interviene en el ámbito de la salud. Podríamos llamarlo *factor necesidad*. En efecto, por encima de todo lo que hemos evocado, los terapeutas egipcios y esenios estimaban que ciertas enfermedades se encuentran a veces necesariamente sobre nuestro camino, independientemente de nuestra actitud frente a la vida, debido a su carácter educador. Utilizo aquí el adjetivo educador en su sentido global. Hablo por tanto de despertar, de depuración, de re-inicialización, de estimulación, de iniciación y necesariamente... de cita kármica.

Sí, en este estado de espíritu, la noción de cita es esencial. Cita pasajera o cita que lleva a la destrucción del cuerpo físico, pero cita ineludible que invita al ser a modificar su mirada sobre sí mismo y sobre la vida. Cita de la que aceptamos la enseñanza o contra la que nos enfrentamos con todas nuestras fuerzas, pero al fin y al cabo, cita, contra la que no podemos hacer nada ya que ha sido decidida en los orígenes de los peldaños superiores de nuestra escalera... es decir, por una Sabiduría que nos sobrepasa.

La comprensión y la aceptación de lo que representa la ley del karma constituyen la llave todo esto. Observad que sitúo aquí la comprensión antes que la aceptación ya que, muy a menudo, nos es más fácil comprender los engranajes y los porqués de una mecánica o de un principio que aceptarlos cuando sus efectos se presentan en nosotros. En efecto, la integración en la carne de la necesidad y de la justicia de una prueba, requiere

una sabiduría que solo lo vivido permite descubrir progresivamente.

Hay que saber admitir que cierto número de nuestros problemas de salud, por otro lado a menudo los más importantes, no tienen otra función que la de incitarnos a “reaccionar”. Sin embargo, ¿reaccionaremos? He ahí el problema... Por mucho que una puerta esté entreabierta, si *algo* en nosotros rechaza empujarla para atravesarla, permaneceremos allí donde estamos. La Divinidad, que nos propone ocasiones de metamorfosis, no nos obliga a vivirlas. Así, muchas enfermedades son, desgraciadamente, sufridas en lugar de ser percibidas como oportunidades de reflexión.

Los egipcios admitían el hecho de que hay enfermedades que deben ser vividas hasta el final y que *sea cual sea el terapeuta que esté frente a ellas*, la Inteligencia de la Vida actúa de tal modo que estas juegan su papel depurador en su totalidad, incluso si debe producirse la muerte física.

Para ellos, la mayor parte de los principales problemas de salud tenían el valor de una cita kármica. Había que admitir entonces que tenían una función y había que respetarla... sin que por otro lado hubiera que abandonarse ante el sufrimiento.

Es importante comprender bien que esta actitud no revelaba fatalismo. En efecto, los cuidados nunca eran interrumpidos, al contrario, eran mantenidos por una presencia moral aumentada y por numerosas conversaciones de alma a alma con el enfermo.

Para ilustrar este conocimiento y este respeto por las leyes que gobiernan el equilibrio de un organismo, citaré de nuevo el ejemplo del Maestro Jesús. Como se sabe, se le llamaba constantemente a la cabecera de los enfermos

y de los moribundos. Ahora bien, a veces sucedía que no iba a los lugares donde Le rogaban que interviniera. Respondía simplemente que no era el momento y que Su Padre se encargaría Él-mismo de ofrecer al enfermo exactamente aquello que este necesitaba. Su conocimiento espontáneo de los karmas individuales le permitía tal actitud.

Es evidente que si nosotros no podemos pretender tener tal penetración instantánea de las causas y de las necesidades, debemos sin embargo desarrollarnos más allá de la constancia de nuestros esfuerzos, nuestra humildad y nuestra sabiduría frente al destino de cada uno.

Destino es una palabra que nos sugiere un itinerario a recorrer. Intentemos no olvidarlo...

7) La inteligencia celular

De manera general, es siempre la dimensión de compasión de un terapeuta la que le permite penetrar en el sentido de una enfermedad y su alcance real. A partir de ahí, solo su arte, siempre flexible, es capaz de entrar en juego para encontrar las vías que llevan a la curación.

Sin duda, esto puede parecer absurdo hoy, pero, en términos de su época, egipcios y esenios afirmaban que la más ínfima parte de un órgano, de una célula, necesitaba que se le hablara con amor, es decir, que se la reconociera como a una entidad de pleno derecho, inteligente, permeable al amor y a la agresión, en el sentido tanto de la unidad como de la división.

Veían también en toda célula el punto de encuentro, a veces herido y en desarmonía, de cinco corrientes de

fuerza. Dos de naturaleza horizontal, asociadas a los polos positivo y negativo del mundo de la materia, y tres de naturaleza vertical, generados por la triple Esencia divina.

Impregnados de esta noción, los sacerdotes-terapeutas se esforzaban en ser reparadores, consoladores y simplificadores.

“Ya que una enfermedad –decían– es en primer lugar el resultado de un conflicto, nacido de la complejidad de la relación con lo Vivo en uno mismo”.